

La humildad como aprendizaje de la crisis*

Marta Medina Balguerías

Universidad Pontificia Comillas
E-mail: mmedina@comillas.edu

Recibido: 7 de junio de 2020
Aceptado: 13 de julio de 2020

RESUMEN: Ante la superficialidad, la falta de autenticidad y el egoísmo que aquejan a las sociedades actuales, el artículo propone como remedio el cultivo de la humildad. Primero, tras analizar el concepto en la tradición cristiana, se define la humildad como verdad y delicadeza. Después se ahonda en cómo la crisis actual puede ser una ocasión para el aprendizaje de esta virtud en sus dos vertientes, para terminar con la pregunta sobre Dios y la clave que aporta la humildad para acercarse a ella.

PALABRAS CLAVE: crisis; humildad; conversión; verdad; delicadeza; cuidado; Dios; autenticidad

Learning Humility from the Crisis

ABSTRACT: Faced with superficiality, lack of authenticity and selfishness that affect today's societies, the article proposes to cultivate humility as a remedy. First, after analyzing the concept in the Christian tradition, humility is defined as truth and delicacy. Then we delve into how the current crisis can be an occasion for learning this virtue in its two aspects, to end with the question about God and the key that humility brings to approach it.

KEYWORDS: crisis; humility; conversion; truth; delicacy; care; God; authenticity

* Para la redacción de este artículo me baso en mis dos anteriores trabajos sobre este tema: M. MEDINA BALGUERÍAS, *Atraídos por lo humilde*, memoria del bachiller en Teología, Universidad Pontificia Comillas, <http://hdl.handle.net/11531/9930>; ÍD., *Atraídos por lo humilde*, PPC, Madrid 2018.

1. Reflexionar en momentos de crisis

Resulta apabullante la cantidad de reflexiones que se han generado y compartido en las redes sociales a raíz de la pandemia que estamos viviendo. Variadas en cuanto al tipo de reflexión, el formato, el género literario, la orientación y un sinnúmero de detalles más, tienen en común el haber surgido a raíz de la situación que ha generado el Coronavirus tanto a nivel global como a nivel particular.

No es extraño: cuando vivimos situaciones difíciles se activa más fácilmente nuestra capacidad de hacernos preguntas y tratar de responder. También nos confrontamos más de lleno con las preguntas esenciales de la vida, aquellas sobre el sentido, la identidad, la finalidad o la esperanza.

Cuando todo va bien la rutina absorbe las fuerzas y el pensamiento y es fácil olvidar la dimensión espiritual y las preguntas que le son propias. El vertiginoso ritmo de vida actual, además, lo pone complicado para sacar momentos de calma, silencio, meditación y oración en los que profundizar en la propia vida y en aquello que la sustenta.

Decía Ortega que las ideas son algo que *tenemos*, pero en las creencias

estamos, sobre ellas nos construimos¹. Las crisis hacen tambalear los cimientos sobre los que nos habíamos construido –las creencias– y ese temblor obliga a plantearse si son realmente buenos cimientos o si habrá otros más firmes sobre los que asentar nuestra persona. Son, por ello, momentos difíciles, pero también momentos propicios (*kairós*) para crecer.

Deberíamos ser capaces de profundizar y reflexionar siempre, pero de nada sirve lamentarse de no haberlo hecho antes. Es una oportunidad para hacerlo ahora e intentar mantener esos espacios de meditación en adelante. En estas páginas propongo una clave, la humildad, que, si siempre es necesaria y útil para la vida, en momentos como los actuales cobra una relevancia especial.

2. Un aviso contra la superficialidad

Que las sociedades actuales –o al menos muchas de ellas– nos hemos instalado en la apariencia no es nada nuevo. Son muchos los pensadores que han advertido contra la superficialidad en la que,

¹ J. ORTEGA Y GASSET, *Ideas y creencias*, Revista de Occidente, Madrid 1977, 38s.

por lo general, se vive². Cuando llegan momentos como el actual que ponen en crisis nuestro estilo de vida, nos preguntamos por qué en un primer momento decidimos vivir así. ¿Por qué la superficialidad, por qué la apariencia, por qué el consumismo?

Aunque de manera equivocada, ese estilo de vida intenta responder a una verdad antropológica: que el deseo es inherente al ser humano. Este se ve atraído por un sinfín de realidades (personas, objetos, promesas...) y no deja nunca de desear. Este dinamismo habla de su carácter "excéntrico": su plenitud está en salir de sí mismo, entregarse; amar y ser amado. Por eso lo atrae hacia lo que está fuera y lo invita a entrar en contacto con ello.

Aquí entra en juego el problema de la superficialidad. Es fácil quedarse en la dimensión menos profunda del deseo y contentarse con dejarse atraer por cosas que no llenan del todo el anhelo, pero que son más fáciles de "amar". El sistema se aprovecha de ello e induce a consumir constantemente objetos o experiencias con los que, en teoría, se va a saciar esa sed de *más*. Se instala así la creencia de

que el carácter infinito del deseo lleva inevitablemente a un "tener" casi infinito. De ahí el consumismo creciente al que rara vez se pone freno.

No obstante, la raíz más profunda del deseo no es cuantitativa, sino cualitativa. El deseo atrae hacia otros porque el ser humano está hecho para realizarse en el amor. Y el amor es una entrega continua, de ahí el carácter inagotable del deseo. Para amar se requiere poner en juego la propia persona con autenticidad y no limitarse a adquirir, sino estar dispuesto también a dar.

Son estas dos características lo que resulta más arduo para la mentalidad contemporánea: ser en verdad quien uno es (autenticidad) y estar dispuesto a entregarse, poniendo la vida en juego. El miedo a ser rechazado o a sufrir hace que sea frecuente contentarse con la versión superficial del deseo y limitarse a consumir, ya sea cosas, ya sea relaciones, sin profundizar realmente en nada.

Pero, en el fondo, los demás siguen siendo necesarios para el pleno desarrollo humano. Por eso se necesita y se busca su aprobación y se cae frecuentemente en el error de pensar que para conseguirla la mejor manera es aparentar ser dignos de aprecio y amor.

² Por ejemplo, P. CASTELAO, *La visión de lo invisible: contra la banalidad intrascendente*, Sal Terrae, Santander 2015.

De ahí la frecuente tendencia al “postureo”³ o vivir de posturas (o im-posturas) para conseguir la tan ansiada admiración ajena. Esta necesidad es tan fuerte que una vez que se ha consentido entrar en el mundo de las apariencias resulta muy difícil romper con ellas y emprender la búsqueda de la autenticidad personal.

Respecto a la segunda cuestión, la dificultad para entregarse, quizá tenga su raíz en el impulso egoísta alimentado por miedo e inseguridad. “Cada persona somos el centro de nuestro mundo y nos da seguridad sentir que efectivamente lo somos. Por eso es frecuente que tengamos impulsos egoístas: seguir siendo el centro y que los demás se dobleguen a nuestra voluntad nos da esa sensación de control sobre nuestra vida y nos hace creer que tenemos más posibilidades de que nuestros deseos se cumplan”⁴.

En suma, la humanidad persigue la felicidad, pero ante el miedo que produce la posibilidad de sufrir, se prefiere una vida superficial en la

que se finge ser quien no se es y en la que se consume para colmar los propios anhelos. Evidentemente, esa estrategia no lleva, a la larga, a buen puerto. Crisis como la que estamos viviendo ahora lo ponen de manifiesto: ¿de qué sirve aparentar cuando se está en casa sin que nadie pueda vernos? ¿De qué sirven todos los objetos de consumo ante la ausencia de los seres queridos? ¿Cómo afrontar tiempos prolongados de soledad si no se ha cuidado el mundo interior ni se ha buscado la propia autenticidad?

Si algo hacen las crisis es cuestionar cómo vivimos e invitarnos a cambiar de ruta, si así lo vemos necesario. La situación provocada por el Coronavirus ha tenido muchos efectos negativos sobre nuestras vidas, pero también podemos aprender de ella. En este sentido, nos ha avisado contra la superficialidad y nos ha brindado la oportunidad de construirnos sobre cimientos más sólidos. La pregunta es si lo haremos realmente.

3. La humildad como verdad y delicadeza

Hay una virtud que puede ayudar a quienes están aquejados de los males de la superficialidad y el egoísmo para que emprendan el

³ Se trata de uno de los términos incorporados hace no mucho a la versión online del DLE; allí aparece definido como “actitud artificiosa e impostada que se adopta por conveniencia o presunción”.

⁴ M. MEDINA BALGUERÍAS, *Atraídos por lo humilde*, 26s.

camino de la autenticidad y la entrega: la humildad. Pero ¿qué significa ser humilde? No siempre se entiende lo mismo por una palabra y para cada uno tiene connotaciones distintas. A veces, a mi pesar, se habla de la humildad como si se tratase de baja autoestima o falsa modestia. Sugeriré una definición que parta de la tradición cristiana y que atienda a lo que es realmente característico de esta virtud.

La Biblia maneja una idea de humildad que tiene dos sentidos relacionados entre sí: por un lado, la mansedumbre o delicadeza con la que se trata a los demás; por otro, la pequeñez o pobreza que caracterizan a alguien. La Escritura considera a los pobres, pequeños y débiles como los que tienen mayor posibilidad de acceso a Dios, no sólo porque únicamente él puede salvarlos de su condición, sino también porque la conciencia de su pequeñez les permite poner sus esperanzas en el Señor sin centrarse en sí mismos y sus propias fuerzas. Quien piensa que ya lo tiene todo difícilmente reconocerá que necesita de los demás y de Dios, lo que le lleva a encerrarse egoístamente. Quien se sabe necesitado lo tiene más fácil para estar abierto y aventurarse a un encuentro real con los otros y con el Otro. Y ese saberse pequeño lleva a tratar a

los demás con mansedumbre, con delicadeza.

La Tradición cristiana también ha desarrollado mucho el concepto de humildad, sobre todo desde su dimensión ascética: el esfuerzo que hay que hacer para reconocer los propios límites. Para los místicos la humildad en este sentido ascético es una virtud esencial en el camino espiritual, necesaria para poder abrirse al encuentro con Dios. Santa Teresa la vincula con la verdad y, por medio de la Verdad, con Dios: “Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsome delante [...] esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en Verdad” (Sexta Morada, 10,7). Sin embargo, querría destacar también la dimensión mística de esta virtud: como requisito para el amor, la humildad no es solo un esfuerzo que hay que hacer, sino también un gozo que se encuentra cuando se es capaz de recibir los dones de Dios y los demás y vivir desde el agradecimiento.

Por otra parte, la Tradición ha entendido la humildad principalmente como virtud humana, pero no faltan autores que han tratado sobre la humildad como atributo de Dios, como el padre sirio Isaac

de Nínive⁵ o los teólogos François Varillon⁶ y Jean-Louis Chrétien⁷. También Benjamín González Buelta tiene una pequeña obra en la que aborda la humildad desde la Trinidad⁸.

De la Biblia y la Tradición cristianas se desprenden estas nociones sobre la humildad: la pobreza y pequeñez humanas, en parte no elegidas (así es el ser humano), en parte sí (así decide comportarse: desde la pequeñez y sencillez, habiendo asumido sus límites); la capacidad de reconocer que necesita a Dios y a los demás y abrirse a ellos; la mansedumbre con la que se comporta con los demás cuando es humilde; hacer frente a su propia verdad... y todo ello desde el ejemplo de un Dios que es humilde.

En mi opinión, se puede resumir todo esto en dos palabras: verdad y delicadeza. La persona humilde es aquella que conoce la *verdad* sobre sí misma. Esto supone reconocer sus virtudes y sobre todo sus

limitaciones, que es lo que suele costar más. Y esa persona se relaciona con las demás con *delicadeza*, respetando la *verdad* y la libertad de los otros y sin pretender imponerles sus intereses ni su criterio. Esto la lleva, normalmente, a entregarse por los demás y a ponerlos muchas veces por delante de sí misma. Es decir, el humilde es capaz de ser él mismo dejando que los demás también lo sean.

El *Diccionario* de la RAE define la humildad en su primera acepción como “Virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento”. La primera parte está relacionada con la verdad, aunque aquí incluíamos también el conocimiento de las posibilidades y cualidades, y la segunda, con la delicadeza.

4. Reencontrarse con la propia verdad

Decíamos con santa Teresa que humildad es “andar en verdad”. Y precisamente si algo ha hecho esta pandemia es ponernos con fuerza ante nuestra verdad en sus dos vertientes. En primer lugar, y quizá la que resulta más difícil aceptar en la actualidad, la limitación humana. El virus nos ha hecho recor-

⁵ Cf. ISAAC DE NÍNIVE, *El don de la humildad: Itinerario para la vida espiritual*, ed. de Sabino Chialà, Sígueme, Salamanca 2007.

⁶ Cf. F. VARILLON, *L'humilité de Dieu*, Le Centurion, París 1974.

⁷ Cf. J.-L. CHRÉTIEN, *La mirada del amor*, Sígueme, Salamanca 2005.

⁸ Cf. B. GONZÁLEZ BUELTA, *La humildad de Dios*, Sal Terrae, Santander 2013.

dar que no somos todopoderosos, sino vulnerables. Los avances tecnológicos nos han acostumbrado rápido a un estilo de vida en el que sentimos controlarlo todo y tener lo que queramos a nuestra disposición con un “clic”. No obstante, eso no ha impedido el elevado número de contagios y nos hemos percatado de que hay realidades sobre las que no tenemos control o al menos no el que desearíamos tener. Esta crisis nos ha ayudado a despertarnos de nuestro sueño de omnipotencia para darnos cuenta de que somos seres frágiles y limitados.

A menudo la comprensión de la humildad se ha centrado en este primer aspecto: reconocer los propios límites, las propias debilidades o defectos. Sin embargo, si, como aquí definiendo, la humildad supone reconocer la propia verdad, tenemos que asomarnos a su segunda vertiente: la grandeza humana. Ya dijo Pascal que el ser humano es mísero y grande al mismo tiempo y que su grandeza consiste en reconocer su miseria. A esa paradoja invita a acercarse la humildad: reconocer la miseria, pero también la grandeza. Este tiempo no solo ha ayudado a lo primero, también a lo segundo. No han faltado iniciativas de personas que se han entregado para ayudar a quienes estaban pasando nece-

sidad de una u otra forma; no ha faltado gente que ha aprovechado el tiempo de confinamiento para meditar sobre sí misma, sobre sus límites, pero también sobre sus logros y posibilidades; no ha faltado la capacidad de reconocer el bien que estaban haciendo los demás y también uno mismo.

En un momento en el que “se lleva” vivir de apariencias, el parón que ha supuesto la pandemia en la vida de tantas personas ha sido y sigue siendo una oportunidad para dejar de esconderse tras una máscara (o varias) y estar dispuesto a hacer de la humildad una virtud esencial en la vida. Ello requiere enfrentarse a la verdad, toda ella: lo que más gusta o atrae, y también lo que menos. Una mala comprensión de la humildad llevaría a centrarse solo en uno de los dos aspectos, con la consiguiente deformación de la verdad: o solo negativa, o solo positiva.

La persona humilde, además, no vive sus aspectos positivos desde el engrandecimiento o la soberbia, sino desde la sencillez, que solo puede lograrse a través del agradecimiento y la no apropiación de los dones. Como señala acertadamente Bert Daelemans: “La felicidad tiene que ver con su capacidad de adoración. El ser humano tiene en sí mismo una capacidad divina de maravillarse, de alabar

y de dar gracias. A menudo esta capacidad es tergiversada, desviada, pervertida hacia uno mismo. No obstante, cuando se convierte al otro y a Dios, el ser humano encuentra su felicidad plena, perfecta y completa. Esta felicidad plena siempre va acompañada de una misión personal⁹. Esa capacidad de entrega desde la sencillez es la prueba de que se ama a los demás humildemente y no para alimentar el propio ego.

En suma, en un tiempo en el que la “posverdad” parece haber venido para quedarse, la crisis que estamos viviendo puede ser una ocasión para despertar y enfrentarse a la propia verdad de manera que podamos emprender la búsqueda de nuestro auténtico “yo”. Una búsqueda que no es a costa de los otros, sino construyendo con ellos lazos de fraternidad. De lo contrario, se podrá tener éxito, pero no plenitud humana.

5. Invitación a la delicadeza y el cuidado

Al definir la humildad utilizábamos dos palabras: verdad y delicadeza. El matiz que introduce la

segunda es crucial para una adecuada comprensión de esta virtud. Y es que la verdad no puede ser un arma arrojadiza que se utilice para hacer daño o para quedar “por encima” de los demás. El humilde reconoce su verdad y al mismo tiempo se comporta delicadamente con los demás, permitiéndoles que ellos también descubran la suya. La verdad vivida desde la humildad nunca se impone, sino que se ofrece respetando la libertad ajena: “... aquel que ha saboreado la verdad no litiga ni siquiera por la verdad. Aquel que se comporta de un modo celoso con los hombres a causa de la verdad, todavía no ha aprendido la verdad, tal como ella es. Cuando de hecho aprende realmente la verdad, desiste incluso de tener celo por ella”¹⁰.

Quien reconoce con franqueza sus límites y sus virtudes lo tiene más fácil para acoger a los demás también con sus defectos y sus cualidades. A esto hace referencia la delicadeza. Además, esta lleva a desarrollar una ética del cuidado y de la preocupación por el otro: no se trata solo de respetar su libertad (pasivamente, por así decirlo), sino también de hacer posible su desarrollo (activamente).

⁹ B. DAELEMANS, *Encuentros en el camino: una propuesta de discernimiento espiritual*, PPC, Madrid 2015, 25.

¹⁰ ISAAC DE NÍNIVE, *El don de la humildad*, 91.

Las crisis, como antes señalábamos, suelen ayudar a ello, porque al verse uno sometido a algún tipo de dificultad es más fácil que empatee con quienes lo están pasando incluso peor. El Coronavirus ha generado preocupación e implicación a muchos niveles por parte de muchas personas. Nos ha hecho recordar que no somos individuos aislados, sino comunidad.

Podría replicarse, con razón, que no es necesario que haya una crisis para implicarse de esta manera. La indiferencia es uno de los mayores males de muchas de las sociedades actuales, sobre todo aquellas que tenemos un estilo de vida más acomodado. No es ético olvidar los problemas del mundo cuando uno está bien y recordarlos cuando uno también los sufre. Sin embargo, esto no quita que a veces hay situaciones que ayudan a despertar de la indiferencia y a generar una implicación mayor, como ha ocurrido con esta pandemia. En estos casos, hay que aprovechar ese cambio social e intentar que no sea efímero, sino que genere un compromiso más permanente.

Por otra parte, la humildad es un buen antídoto contra la manera en la que muchas veces se busca prosperar o “crecer”. La persona que ha hecho de ella una dimensión de su vida sabe que buscando el

bien de los demás busca también el suyo propio, y viceversa. Por eso en su entrega no “se pierde” a sí misma, en el sentido de dejar de ser quien es o ir contra su propio camino, ni para encontrar ese camino necesita “pisar” a nadie, sino que precisamente “se encuentra” porque halla su autenticidad en un proyecto que nunca va contra los demás, sino que busca construir con ellos. Somos seres sociales, nos necesitamos unos a otros, y el egoísmo y la soberbia nos han llevado con demasiada frecuencia a debilitar la comunidad.

Lo que la humanidad está sufriendo a raíz de la Covid-19 debe ser una ocasión para valorar lo que se tiene y para luchar por lo que aún sigue siendo injusto o inhumano en el mundo: las personas que mueren solas, aquellas que no tienen acceso a recursos sanitarios, las que tienen un trabajo precario y lo pierden cuando llega un momento de crisis... y un largo etcétera. Esta sensibilidad del compromiso y del cuidado ha de extenderse también a todo el planeta, como ha subrayado tantas veces el papa Francisco.

6. ¿Un Dios humilde?

Aunque he partido de la tradición cristiana para definir la humildad,

los rasgos de esta virtud le sirven a cualquier persona, sea o no creyente. En todo caso, la humildad es también una vía muy rica para hacernos una idea de quién es Dios.

Cuando suceden catástrofes o crisis como la que estamos viviendo es frecuente preguntarse dónde está Dios. El Dios que se ha revelado en Jesucristo ha respondido a este interrogante a través de la humildad. Es un Dios que siempre atiende a la verdad y se revela como es¹¹. No obstante, también lo hace delicadamente, para no imponerse a la libertad humana. Se hace presente a través del mundo, de las cosas, de los seres, es decir, sacramentalmente¹², para que, si el ser humano quiere, entre en relación con él a través de las realidades que vive cotidianamente. Pero nunca lo obligará

a creer en él o entrar en relación con él.

Los tiempos convulsos son también un reto para la fe. En primer lugar, porque ponen en cuestión la imagen que se tiene de Dios. En segundo lugar, porque obligan a resituar la vida espiritual en las nuevas circunstancias. Cuando las cosas van mal cuesta más, por lo general, entender cómo está Dios presente en ellas, y se hace difícil comprender la radicalidad de su humildad. También resulta complicado resituar la propia relación con él. Un ejemplo claro ha sido tener que seguir los sacramentos y otras prácticas religiosas a través de los medios audiovisuales y no en directo. También estas dificultades son una ocasión para crecer. Por ejemplo, siendo capaz de ver a Dios en la vida o dedicando más tiempo a la meditación y oración personal.

Cultivar la humildad ayuda también a dejarse hacer más por Dios y reconocer que en la vida de fe siempre hay que seguir creciendo: “Es cierto, hablé de cosas que ignoraba, de maravillas que superan mi comprensión [...]. Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos” (Job 42,3.5).

¹¹ Hay quien encuentra inadecuado predicar de Dios el concepto de humildad. No obstante, con la definición que hemos barruntado, me parece posible y necesario hacerlo, pues la verdad y la delicadeza son características de Dios que también pueden ser predicadas —de manera distinta— del ser humano. Para un desarrollo mayor de estas ideas ver las obras citadas en la nota 1.

¹² Cf. un desarrollo mayor de la sacramentalidad entendida desde la humildad en M. MEDINA BALGUERÍAS, *Atraídos por lo humilde*, 101-119.

7. Humildad que invita a la esperanza

Según la Biblia, los humildes serán enaltecidos (cf. Lc 1,52). Para la tradición cristiana el humilde no se limita a vivir su vida en verdad y delicadeza sin recibir nada a cambio. Por el contrario, Dios muestra su predilección por los humildes y les promete que su vida y su entrega no caerán “en saco roto”. Por tanto, la humildad lleva consigo una promesa que invita a la esperanza.

Y es que la humildad es un requisito indispensable del amor. Cuando se es auténticamente uno mismo y se respeta a los demás como ellos son, es cuando se está en disposición de amarlos de y en verdad. El amor es la realidad que no pasa y que tendrá la última palabra. Por eso cultivar la virtud que nos permite amar es apostar por la esperanza.

Es importante precisar que la esperanza cristiana no es un optimismo ingenuo, pero tampoco un pesimismo paralizante. Es un

realismo esperanzado, que invita a involucrarse para construir el Reino de Dios, ya presente en la realidad, pero aún por llegar plenamente. Situaciones como la que estamos viviendo nos invitan a la conversión permanente que siempre se necesita para recordar quiénes somos, a qué estamos llamados y cuál es nuestra misión. Ese proyecto, por más que se vea retado por la dificultad de las circunstancias, siembra, cuando es verdadero, para la eternidad.

Quizá el mayor reto que se nos presenta es, precisamente, la memoria y el compromiso continuado. Es fácil que, cuando todo pase, volvamos a nuestra vida anterior, olvidando lo que la crisis nos había enseñado. La manera de no caer en ello es luchar verdaderamente contra la superficialidad y hacer de la humildad, el compromiso, la entrega, el amor y la comunidad virtudes y valores enraizados en nuestra vida. La clave está en las raíces, para que los vientos de la “nueva normalidad” no se lleven lo que habíamos intentado plantar en este tiempo. ■

Ayudar

Una psicodinámica de lo genuino y lo sospechoso en las relaciones de ayuda

Alberto Cano Arenas

¿Para qué ayudamos?; ¿por qué algunas personas se sienten tan empujadas a ayudar?; ¿es que lo necesitamos?; ¿estamos hechos para ayudar?

Este libro te permitirá comprender las motivaciones que bullen en el aparato psíquico cuando nos disponemos a ayudar.

Las relaciones de ayuda constituyen un proceso poliédrico, dinámico, que transforma y enormemente movilizador. Profundos movimientos intrapsíquicos e intersubjetivos danzan abrazados entre aquel que ayuda y quien recibe el cuidado o la atención.



Ayudar

Una psicodinámica de lo genuino y lo sospechoso en las relaciones de ayuda
Alberto Cano Arenas

ISBN: 978-84-8468-830-3
Universidad Pontificia Comillas,
2020.

